



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE JUNIO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El encanto de la noche

Los días que se fueron
Olga de León G.

Toda la noche había estado lloviendo. Oí la lluvia porque golpeaba el cristal de la ventana que tenía justo junto a mi cabeza; la cama no tenía cabecera, las cortinas eran lo único que había entre mis orejas y la almohada levantada y pegada al muro, ligeramente por debajo del cristal de la ventana. Solía dormir boca arriba y sin almohada, no la necesitaba: hábito desarrollado desde la pubertad, gracias a la influencia de una tía, hermana de mi padre, quien insistía en que la almohada solo me sacaría arrugas en el cuello, antes de tiempo.

La tía Chelo fue una mujer que siempre consideró de mucha importancia el cuidado de sí misma y enseñar a las sobrinas sobre cómo mejorar la postura, la apariencia y evitar un envejecimiento temprano. No sé si se la pueda tener por un poco vanidosa; no lo sé... A diferencia de su hermana, la mayor de los trece hijos que tuvo mi abuela Delfina Garza, la tía Lola: una mujer muy humana, muy valiosa y amable con todo el mundo; excelente cocinera y maravillosa modista y tejedora; tanto, que lo que pasaba por sus manos se volvía una prenda invaluable, desde ropones para bebés hasta vestidos de novia, o abrigos.

En fin, volviendo a la historia original, he de referir que amaneció el nuevo día y la lluvia continuaba, menos fuerte y no tan tupida como durante la noche, pero no paraba de llover. Era el mes de junio hacia su mitad y ya el calor en esa región era insoportable, cuarenta y hasta cuarenta y cinco grados Celsius marcaban los termómetros. Quizás, con la lluvia, habría bajado un poco, pero no mucho. Sin embargo, amenazaba una canícula muy larga y fuerte, de calores intensos; lo cual era lo común en esa región. Como común era también que la gente del propio lugar se quejara de las altas temperaturas; cada año era lo mismo.

Hasta ese día, de hace diez años, en el que hubo un cambio inesperado e increíble. La noche anterior, igual había estado lloviendo intensamente y con soplos de viento que hacían pensar en que alguna tormenta estaba a punto de aparecer. Pero, a la mañana siguiente, no solo dejó de llover, sino que, en vez de agua, caía hielo, copos de nieve y bolitas de hielo eran lo que golpeaba en el techo y en los cristales de la ventana.

En cuanto me levanté, fui hacia la salita recibidor -el cuarto de la TV- donde había un ventanal al lado de la casa de



enseguida, la que da hacia el Cerro de La Silla. Allí pude ver sobre el techo con teja de nuestros vecinos, que estaba cubierto de nieve y hielo. Me tallé los ojos con mis manos y volví a mirar: la nieve seguía allí.

Entonces, encendí el televisor para buscar algún canal de noticias locales y comprobar que mis ojos no me engañaban.

Me quedé inmovilizada, me paralicé en cuanto pude ver que el canal marcaba la hora correcta, pero la fecha no. Decía que era domingo veintidós de diciembre. ¡Cómo era eso posible!, si yo sabía que estábamos en junio. Entonces, pensé que quizás todo se trataba de un sueño, una pesadilla... Solía sucederme. Por lo tanto, decidí que lo mejor sería no hacer nada y que debía regresar a la cama. Me volvería a dormir y seguramente cuando

despertara, todas esas cosas extrañas, como: la fecha en el noticiero de la tele, la nieve en el techo de nuestros vecinos, todo eso desaparecería.

En cuanto entré a la recámara, me di cuenta de que la cama no estaba destendida, nadie había dormido en ella. El cuarto estaba vacío.

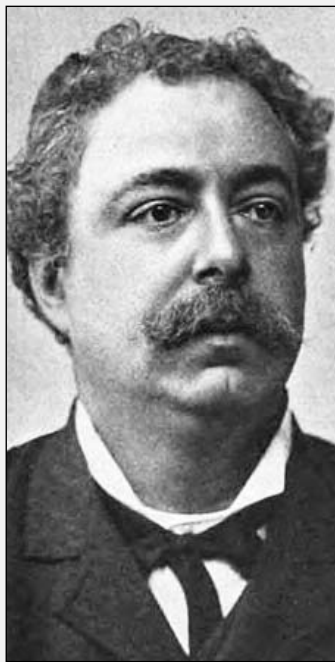
Diez años no se van fácilmente. ¿Qué sucedía? ¿En dónde estaba, quién era yo? Por qué me parecía todo nuevo o diferente. Esta, ¿era o no mi casa? Me asusté, en realidad, me asusté. Más aún cuando al pasar frente al tocador, me detuve delante del espejo... y, la que se reflejó en él, no era yo. O, era una versión de hacía mínimo diez años o más, atrás.

Desde el fondo de mi corazón salió una profunda y pausada exclamación: ¡A dónde se fueron los días y las semanas, los meses

y los años! ¿Era junio, o diciembre? ¿Qué edad tenía yo? Parecía de no más de treinta y seis o treinta y ocho, pero el año era 2025... ¡No podía ser! Esos años hacía mucho tiempo ya, que los había dejado en el pasado, con todo el dolor que entonces me causaron. No podía pensar con claridad. Necesitaba saber, ¿a dónde se fueron los días que no viví?

Finalmente, como autómatas, entré al baño y me cambié la ropa: me puse unos pants y una sudadera (tenía frío). Hacía unas horas, había venido un técnico: limpió las rejillas del clima y solo por su vuelta, cobró \$600; pero, era indiscutible: ahora enfriaba mejor.

Me acosté y me desperté: todo era normal, no recordaba mucho... Pero, sí lo suficiente para llorar un poco por los días que se fueron; sin que los haya vivido.



Edmondo
De Amicis

Edmondo Mario Alberto De Amicis (Oneglia, Italia, 21 de octubre de 1846-Bordighera, Italia, 11 de marzo de 1908)

Conocido como Edmondo de Amicis o Edmundo de Amicis, fue un escritor italiano, novelista, periodista y autor de libros de viajes. Es más recordado, sobre todo, por su novela Corazón: Diario de un niño, de 1886.

Tuvo su primer contacto con la literatura en Cúneo. Estudió en un liceo de Turín. Entró a los dieciséis años en la Academia Militar de Módena, donde obtuvo el título de oficial. Con esta categoría participó en la batalla de Custoza de 1866. Luego se haría viajero y escritor, reflejando en sus obras las vivencias de sus viajes. Su obra se caracteriza por la mezcla del romanticismo y el realismo con un propósito altamente ético en el sentido de orientar al lector siempre hacia el bien.

Marruecos (1876), España (1873) y Holanda (1874) son algunos de los numerosos libros de viajes que alcanzaron también éxito por la facilidad demostrada para describir rápidamente los lugares y costumbres que se ofrecen ante su vista. Posteriormente, escribió su novela Los amigos (Gli amici, 1883).

De Amicis más tarde se unió al Partido Socialista, en cuyo periódico Il Grido del Popolo publicó artículos que luego reunió en su libro Cuestión social (Questione sociale, 1894), sobre el cual dictó varias conferencias. Vuelve a la actividad literaria con Novela de un maestro (1890), cuyo estilo, diferente al empleado en sus obras anteriores, según ciertos críticos fue amargo y desencantado. Su siguiente trabajo, L'idioma gentile (1905), fue una apología no solo de la lengua italiana, sino también de las tradiciones y cultura de su país.

Anteriormente, publicó en 1886 su obra, tal vez la más conocida, Corazón (en español Corazón: Diario de un niño, concebida en la forma de diario personal): la narración sigue a Enrique a lo largo de su año escolar como alumno de tercer grado en una escuela municipal de Turín, alternado con narraciones de tono emotivo. Fue traducida a múltiples idiomas y llevada al cine y la televisión y posteriormente, en forma de dibujos animados, en la serie japonesa Marco, de los Apeninos a los Andes, inspirada en la narración interpolada en este libro así denominada.

ad pédem literae

Las amistades son como los matrimonios: de cada diez, uno se hace por amor.

Edmondo De Amicis

Letras de buen humor

El niño ríe por alegría; es el primer escalón. El humorismo ríe con tristeza; es el último escalón. Aurora y crepúsculo.

Pío Baroja

Carlos A. Ponzio de León

Ilusión perdida

“No importa”, pensé para mis adentros cuando el director de la facultad presentó su propuesta para que yo le firmara una petición: mi baja extemporánea del semestre. Significaba que reprobaría las cinco materias que cursaba ese semestre: noveno. Simplemente añadiría unas cuantas más a la veintena de materias que habría de reprobar en la carrera. Reprobé la mitad de las materias que cursé en la universidad. No me presentaba a los exámenes finales. Pasaba las materias en segunda oportunidad, o tercera o cuarta.

Sentado en la sala de espera de la dirección, miré a la izquierda: ahí estaba la puerta, reparada, de la oficina del secretario académico, (el segundo a bordo del director). Observé luego la mesa frente a mí, de vidrio, bajita y amplia, alrededor de la cual estaban dos sillones grandes.

El director salió de su espacio y volvió a explicarme que, con la firma de mi baja, iba a poder salir de la facultad a tiempo, al final del décimo semestre. Solo debía presentar los exámenes de nueve o diez materias en el décimo semestre, el último, (no cinco, las de la carga habitual). El director consideró que yo podía lograr la hazaña y yo confiaba en él.

Había mostrado su preocupación hacia mi persona cuando yo me encontraba en tercer semestre y reprobé una materia. “¿Cómo lo vamos a mandar a la Universidad de Chicago?”, le preguntó a Darío, que en ese momento era el Secretario Académico de la facultad. El director no tenía idea de que esa no era mi primera materia reprobada, ni sería la última.

Perdí el interés en mis calificaciones al final del primer semestre, cuando reprobé matemáticas. Tuve que volver a cursarla. Para entonces, yo ya salía con Darío y se puso a explicarme matemáticas de manera intensiva: álgebra básica, cálculo y álgebra línea, pero a un nivel que trascendía lo que se exigía en la facultad. Cuando retomé Matemáticas I, comencé a ir a clases y noté los errores normales que cometían los profesores en sus explicaciones. Perdí más interés. O quizás dejó de importarme la

escuela cuando un laboratorista, en el primer semestre, me dijo: “conmigo estás reprobado porque nunca vienes al laboratorio”. Seguí las consecuencias. Dejé de ir a clases, no me presentaba a la primera oportunidad, llegaba a la segunda y pasaba. No había necesidad de asistir a clases ni hacer tareas: simplemente no me presentaba al examen final y dos semanas después, pasaba la materia en segunda oportunidad.

Así transcurrió mi carrera.

En la sala de espera de la dirección, recordé que una semana antes, había estado ahí, en otras condiciones. Daniela y yo queríamos ir a meternos a un motel para hacer el amor. El problema era que ella debía realizar un pago en la sección de escolar y no completábamos para el cuarto de hotel. Le sugerí que hablara con el secretario académico: él le podía autorizar un descuento. El tipo era un recién egresado de la carrera que había sido novio de ella y fue durante el período de intercambio de él, en una universidad en el extranjero, que Daniela y yo comenzamos a salir y finalmente a ser novios.

En la oficina de la secretaria académica, le dijo que no le otorgaba el descuento porque no se había maquillado. Daniela salió y me contó. Enfurecí, entré a la dirección y de una patada tumbé la puerta de vidrio del secretario académico. No fue ni cosa de unos empujones, porque el tipo se escondió debajo del escritorio y no pude hacer más. Daniela y yo nos fuimos al hotel. Por la noche, Darío y unos amigos me ayudaron a redactar una carta de explicación para el director. Se formó un comité de profesores que revisaría el caso, lo evaluaron y consideraron expulsarme... pero al final optaron por suspenderme un semestre. Esa era la razón por la que estaba dándome de baja.

El director me mandó decir que podía seguir yendo a la facultad, entrar a la biblioteca y todo eso. Iba y me aparecía en la cafetería para jugar dominó. También fui considerado para asistir, con los gastos de hotel pagados, a la reunión nacional de alumnos de economía. Fue en Mazatlán. Daniela y yo estuvimos ahí. El presidente de la sociedad de alumnos nos asignó una



recámara solo para nosotros. No atendimos las conferencias, solo las fiestas. Bebimos e hicimos el amor todo el tiempo.

Tiempo después, un profesor egresado del doctorado de la Universidad de Chicago me preguntó por qué me había importado

tan poco la universidad. “¿No te preocupó no titularte?”, me preguntó. Fui honesto: respondí que no, que sentía que lo que venía a hacer al mundo no dependía de un título universitario, incluso si mi misión era contribuir al campo de la economía.